

## **RELATS - FORO RLT 2017**

### **Sobre Bruno Trentin**

#### **SELECCIÓN DE LA SINISTRA DI BRUNO TRENTIN**

**Iginio Ariemma (EDIESSE,2013)**

**Traducción José Luis Lopez Bulla**

**Publicado en su blogspot. 2014**

El control obrero y la participación en los centros de trabajo  
El tema más significativo del proyecto trentiniano, sobre el que ha sido más continua su iniciativa sindical y política, fue el control obrero. Su punto de partida no es la experiencia consejista de la primera postguerra (1919 – 1920) en concomitancia con la revolución de octubre, una experiencia que se extendió a muchos países europeos que él consideró históricamente fallida tanto en su versión soviética como en la versión granciana-ordinovista, esto es, los consejos de fábrica como órganos políticos del nuevo Estado proletario o simplemente como contrapoderes del proceso revolucionario. Trentin se fija en la experiencia de los consejos de gestión tras la Liberación y en el debate que surge en 1957, particularmente en las tesis, un poco extremas, de Raniero Panzieri y Lucio Libertini sobre el control obrero. Su búsqueda es original, estrechamente conectada al sindicato y al sindicato italiano. Los consejos de delegados de equipo y taller son las estructuras de base,

unitarias y abiertas a todos los trabajadores, incluidos los no afiliados.

El objetivo es el control desde abajo del proceso productivo y del desarrollo capitalista, de un capitalismo moderno en un régimen democrático. Esta es la gradualidad: primero, el control de la organización del trabajo, contratando toda la gama de las relaciones sindicales, no sólo los aspectos salariales, sino sobre todo los ritmos, la salud, el ambiente, el progreso tecnológico, etc; después, el control de las inversiones y las estrategias empresariales, concretando de ese modo una democracia industrial de nuevo tipo mediante la cooperación, que Trentin, denomina codeterminación, sin renunciar al papel autónomo del sindicato y el ejercicio del conflicto. «La empresa –escribirá en *La libertà viene prima*- no debe ser un mundo para sí, que desmiente el ordenamiento democrático» sino que debe ser «la organización que crea conocimiento» en cuanto reconoce y concentra la inteligencia colectiva de todos los trabajadores con independencia del nivel en qué trabajan (2). Esta concepción consejista, que podemos definir como trentiniana, incluso si –como siempre ha reconocido— ha tenido influencia de otras culturas, en particular del sindicalismo cristiano, encontró ciertos obstáculos en su camino. En el Partido comunista y en la misma CGIL una parte relevante --como Giorgio Amendola y Agostino Novella, secretario general hasta 1970 de la Confederación-- lo contrastó de manera áspera.

El principal argumento es que sería equivocado obscurecer o diluir las diversas orientaciones políticas y sindicales y que los trabajadores deberían tener la posibilidad de expresar su propia representación y sus preferencias sobre la base de candidaturas diferentes, cosa que no permitía la elección de los delegados con carnet blanco y sobre la base del grupo homogéneo de trabajo. No era un argumento privado de fundamento como tuvo ocasión de demostrarse directamente años después en un debate con Amendola.

Pero es evidente que de esa manera se interrumpía para empezar de nuevo la relación entre delegados, consejos y control de la organización del trabajo, que era el corazón del proyecto.

En la tesis trentiniana se contraponía también otra hipótesis: la de considerar los consejos como «motores» del movimiento político revolucionario de masas, embriones del contrapoder anticapitalista. Esta idea era apoyada especialmente por *Il Manifesto*, grupos del PSIUP y otras fuerzas más radicales. Vittorio Foa y Sergio Garavini proponían una vía intermedia: los consejos deberían ser autónomos respecto al sindicato, tener una vida y unas tareas propias. Como puede verse en esta apresurada crónica, la orientación comunista –e incluso de la izquierda- era incierta y estaba dividida. Solamente en el otoño de 1970, al final de un seminario donde hubo mucho debate, tras el informe equilibrado de Fernando Di Giulio, Enrico Berlinguer (que era el vicesecretario del Partido, aunque era el primer dirigente de hecho) confió a Luciano Lama, flamante secretario general de la CGIL, la solución al problema. Así, el sindicato de los consejos se afirmó y con ello la línea de Trentin que tenía como objetivo principal la democracia en los centros de trabajo.

### Del sindicato de los consejos al sindicato de los derechos y de programa

El instrumento principal que conjuga la libertad y el trabajo, sin lugar a dudas, es el sindicato. Cuando se licenció en Padua (en el año académico de 1948 – 1949), Bruno se encontró ante dos opciones: o ir al Gabinete de estudios de la Banca Commerciale, entonces presidida por el gran Raffaele Mattioli o en el Gabinete de estudios de la CGIL. Sin ninguna duda optó por la segunda convirtiéndose en uno de los líderes sindicales más prestigiosos. Di Vittorio tuvo una gran influencia en Trentin. Este recordaba siempre que con él aprendió el abc de la vida sindical. En primer

lugar, la autonomía del sindicato en sus relaciones con la patronal, del poder y del partido. No sólo en Italia sino también en todos los países donde gobernaba el Partido comunista. En segundo lugar, el sindicato no debe ser obligatorio ni único. Debe tener plena libertad de adhesión y de formar nuevos sindicatos. Es esencial que sea democrático en su interior. Tercero, el sindicato debe tener como brújula la unidad de los trabajadores y, de ahí, la unidad entre varios sindicatos. Sin unidad la autonomía es solo aparente. Cuarto, el sindicato es un proyecto político autónomo que «rechaza toda división de tareas entre él mismo y el partido». Se recuerda que Bruno participó en la elaboración del *Piano del lavoro* y en el Estatuto de derechos del trabajador a principio de los años 50, las iniciativas políticas más importantes de la CGIL de Di Vittorio. Trentin siempre se atuvo a estos principios.

Uno de los periodos más significativos de su experiencia sindical fue como secretario general de los metalúrgicos. Bruno es seguramente el teórico del sindicato de los consejos. Como es sabido, fue un sindicato muy enraizado en la organización del trabajo con los delegados y consejos de fábrica, abierto a todos los trabajadores, no solamente a los afiliados. Los delegados de fábrica expresan una nueva cultura de la negociación colectiva y de la tutela de los derechos de los trabajadores que no se limita solamente a la pura reivindicación salarial. Negocian no solamente las condiciones concretas de trabajo (ritmos, tiempos, horarios, salud...) para cambiar y humanizar pronto el modo de trabajar sino que ponen en discusión el monopolio de la decisión de la empresa y managerial. Fue una experiencia diferente de la ordinovista de los consejos de 1919 – 1920 y de la que se dio en la postguerra con los consejos de gestión. Los delegados y los consejos de fábrica son, a todos los efectos, instrumentos e instancias del sindicato unitario y de la federación de los trabajadores metalúrgicos. No fue cosa fácil, porque encontró en el sindicato y, sobre todo, en el PCI

contrariedades, resistencias, incomprensiones o comportamientos de desentenderse del tema.

Lo recuerdo bien porque yo dirigía entonces la federación comunista de Torino. La Fiat, junto a la Zoppas-Zanussi de Conegliano, fue uno de los laboratorios más cercanos y avanzados de aquella experiencia. Trentin siempre defendió los consejos. Pero, fiel a su costumbre, no se detuvo en ello. Cuando en 1988 es elegido secretario general de la CGIL repiensa el sindicato ante los impactantes nuevos procesos que sacuden el país y el mundo.

La conferencia programática de Chianciano (abril de 1989) es otro de los grandes momentos de su pensamiento e iniciativa. En su informe son muchas las novedades en el análisis y en la propuesta. Ya en su título sitúa el sentido de hacia dónde Bruno quiere conducir al sindicato: «Por una nueva solidaridad redescubrir los derechos, repensar el sindicato». Aquí afronta casi todos los nudos no resueltos de la política sindical: la relación entre desarrollo, naturaleza y medioambiente, la política de rentas, la necesidad de abordar en términos nuevos la negociación, la democratización de la economía y de las empresas. Pero mayormente insiste en dos puntos: el sindicato no debe ostentar que actúa para la clase, debe hacerlo para la persona. En segundo lugar debe hacerse portador de los derechos universales y ser uno de los protagonistas principales de la sociedad civil con su propio programa de sociedad, superando así los límites propios de la política sindical. La autarquía del sindicato y la llamada autonomía de lo social –Trentin lo sabe perfectamente y lo escribe— son algo inconsistente y pueden conducir, en definitiva, a la subalternidad y al maximalismo.

## *Turín y la experiencia consejista*

*Bruno Trentin y Turín* me hace volver casi inevitablemente al otoño caliente y al sindicato de los consejos. La ideología consejista es un tema recurrente en la reflexión de Trentin. Y a ella vuelve continuamente en dos libros-entrevista: el primero en 1980 con Bruno Ugolini, el segundo con Guido Liguori en 1999. Incluso el libro que considero más maduro, *La città del lavoro*, está dedicado en gran medida a esta temática a partir del pensamiento de Gramsci tanto en la referencia al periodo ordinovista como en relación al *Americanismo y fordismo*. Y en los últimos años, tal vez, ante las profundas transformaciones del proceso productivo, su reflexión, en la búsqueda de un nuevo sujeto social que reconstituya el valor central del trabajo en relación orgánica con el saber y el conocimiento, se aleja de ello pero no se apaga el testimonio de sus intervenciones sobre el 68.

### 1955: la derrota de la FIOM en la FIAT

No excluyo, incluso creo que es probable –aunque no hay fuentes directas de ello— que Trentin participara en la conferencia de producción de la FIAT en el cuadro de numerosas iniciativas sobre el *Piano del Lavoro*, promovido por Di Vittorio a principios de los años cincuenta. En dicha conferencia se presentó el prototipo del «cochecito popular» que anticipó la fabricación del «seiscientos» que tuvo tanto éxito después. Egidio Sulotto me hablaba de ello con legítimo orgullo. Y que antes, Trentin estuviera presente en el seminario de la CGIL sobre la explotación y el sistema Bedaux en 1952 siempre en Torino.

El primer contacto auténtico con Torino y, sobre todo, con la Fiat lo tuvo Bruno Trentin después de la derrota de la FIOM en 1955. Era miembro del Gabinete de estudios de la CGIL nacional y uno de los colaboradores más estrechos de

Giuseppe Di Vittorio. Le enviaron a Torino para que estudiara y entendiera mejor la organización del trabajo en la FIAT y sus transformaciones relativas a la aplicación del sistema de destajo Bedaux. Componían el grupo de trabajo, además de Bruno, Sergio Garavini, Bruno Fernex y Aventino Pace, el compañero más próximo a mí. Aquello lo gestionó seguramente Vittorio Foa. Foa, tras haber dirigido la FIOM turinesa después de la Liberación, fue llamado por Di Vittorio para que se pusiera al frente del Gabinete de estudios de la CGIL nacional en 1949, y tras la derrota en FIAT fue elegido secretario de la FIOM nacional con Agostino Novella. Foa y Bruno se conocieron en Milán pocos meses antes de la Liberación. Escribieron juntos el llamamiento de Giustizia e Libertà para la insurrección milanesa. Después Bruno se licenció en Padua en el instituto de Filosofía del derecho de Norberto Bobbio y, a finales de 1949, fue llamado por Foa a la CGIL. Habían estado juntos en el Partito d'Azion, separándose cuando el P. d'A. se disolvió. Foa se adhirió al Partido socialista; sin embargo, Bruno estuvo dos años en una posición de espera y acercamiento al PCI hasta que al final se afilió al partido. La relación entre ambos fue fraternal. Políticamente Bruno sentía a Vittorio como copartícipe de una izquierda libertaria. ¿Cuál es el significado de la adhesión de Bruno al PCI?. Foa continuaba preguntándose. Un día hablamos en su casa. En *Il cavallo e la torre* escribe Foa: «Di Vittorio militaba sinceramente en el Partido comunista, pero quería que éste fuese a su imagen y semejanza. En esto, Bruno Trentin era muy parecido» (1).

El trabajo común sobre la FIAT construyó los fundamentos de la solidaridad y la sintonía entre Bruno Trentin y el grupo dirigente sindical turinés que dirigíala Camera del Lavoro a finales de los años cincuenta. Uno de estos líderes, Bruno Fernex, estará entre los más estrechos y valiosos colaboradores de Trentin en la FIOM nacional. Compartían las ideas substancialmente sobre dos puntos:

1) El neocapitalismo es una realidad; este fue el título provocador de un artículo de Foa aparecido en *Mondo operaio* en 1957. Ahora parece una banalidad, pero entonces no lo era. Prevalecía en aquella época que el capitalismo italiano estaba atrasado y era «pobre». Con todo lo que ello comporta en el plano de la estrategia, orientada no al socialismo sino a la revolución democrática y liberal. Además, prevalecía un marxismo un poco dogmático, según el cual las relaciones de producción obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas. Y, de ahí, que el hundimiento del capitalismo, aunque no inminente, era históricamente inevitable. Podemos definir esta concepción como catastrofista o, como se decía entonces, malthusiana.

2) La realidad del neocapitalismo comportaba volver a la fábrica, partir de la condición obrera y de aquel fordismo y taylorismo --que entonces se estaba fortaleciendo en la FIAT-- considerado una organización científica del trabajo, racional, objetiva e incontestable en sus bases fundamentales no sólo por la patronal sino también por Lenin, e incluso por Gramsci aunque de una manera contradictoria, como decía Trentin.

Había que cambiar este modo de trabajar, que conducía a una superexplotación y alienación, y con anterioridad había que negociar fábrica a fábrica sobre la base de nuevos instrumentos de representación y control de los trabajadores y del sindicato. Entre la correspondencia de Bruno encontré una carta a Togliatti del 2 de febrero de 1957, escrita con Renzo Ciardini, secretario de la Camera del Lavoro de Génova, que tiene un gran interés. En una intervención en el Comité central del PCI Togliatti dijo que no correspondía a los trabajadores «tomar iniciativas para promover y dirigir el progreso técnico» y que la «función propulsora en el progreso técnico se ejerce únicamente a través de la lucha por el incremento de los salarios». Trentin contesta esta afirmación y escribe: «Francamente, nosotros pensamos que la lucha por el control y una justa orientación de las inversiones en la empresa presupone en muchos casos una



capacidad de iniciativa por parte de la clase obrera sobre los problemas relacionados con el progreso técnico y la organización del trabajo, intentando quitar al patrón la posibilidad de decidir unilateralmente sobre la entidad, las orientaciones, los tiempos de realización de las transformaciones tecnológicas y organizativas. Una iniciativa similar aparece, al menos a nosotros, como la condición en muchos casos para poder dar a la negociación de todos los elementos de la relación de trabajo (e incluso de los tiempos de producción, de las plantillas y de las formas de retribución) un contenido efectivo dada nuestra imposibilidad de contraponer a la orientación de las inversiones de la empresa nuestra propia alternativa poniendo límites substanciales a las inversiones de la empresa y al desarrollo de la negociación colectiva en la empresa».

Como puede verse, en esta carta se encuentra ya casi todo lo que sucederá en el otoño caliente, y eso que estamos a principios de 1957. Trentin ha dado espesor teórico a este modo de concebir el sindicato y la lucha obrera. Bruno siempre escribía mucho para sí mismo y los demás. Podemos encontrar sus artículos y ensayos en todas las revistas relacionadas con el partido y el sindicato. Toma parte en el Centro ricerche economiche en el Istituto Feltrinelli sobre la cuestión septentrional (señalo que estamos en 1957) bajo la dirección de Silvio Leonardi y Luciano Cafagna; participa en los seminarios sobre el progreso técnico y las transformaciones de la organización del trabajo. Sin embargo, Trentin –a diferencia del grupo dirigente de la Cameradel Lavoro y Foa-- no colabora en 1961 en el primer número de *Quaderni rosside* Raniero Panzieri. Entendía que había una parte de verdad en las tesis de Panzieri «sobre el uso capitalista de las máquinas, pero era crítico en las diatribas teóricas sobre el «plan del capital» y, sobre todo, temía el deslizamiento hacia posiciones apriorísticas e incluso ludditas contra el progreso

tecnológico por parte de los trabajadores. En esto era verdaderamente «hijo» de Di Vittorio.

La sistematización más completa se encuentra en la ponencia que presenta en el seminario de 1962 sobre las tendencias del capitalismo italiano que promovió el Istituto Gramsci. Ahí están los ejes fundamentales de su concepción sindical; y, como es sabido, sus ideas sobre el laborismo cristiano y de la CSIL y las doctrinas neocapitalistas que figuraban en la literatura americana y europea, tal vez «sobrevalorando la consistencia de la modernización industrial italiana». Lo que atizó la polémica, también áspera, por parte de Giorgio Amendola, que se irritaba si sentía hablar de alienación del control obrero; y sobre todo –como ha dicho justamente Beppe Berta—Trentin «polemizaba no tanto con Ugo La Malfa sino con Antonio Giolitti, y (añado yo) con Foa, Panzieri y otros revisionistas de derecha e izquierda (2).

No se puede ignorar, con relación a los años cincuenta, la «otra» ocasión que caracterizó profundamente a la generación de Trentin. Me refiero a la revolución húngara del 56. También en esta cuestión se consolidó un fuerte ligamen entre Trentin y el grupo dirigente del sindicato turinés. Trentin, Sergio Garavini y Egidio Sulotto, entonces secretario de la Camera del lavoro –a diferencia de la posición del PCI— estaban en la misma postura que Di Vittorio: denuncia y condena de la intervención soviética.

Hacía poco que Trentin había accedido a la responsabilidad de secretario de la célula comunista de la CGIL, sucediendo a Giovanni Parodi, otro vínculo con el Turín ordinovista. La cosa es importante en sí misma. Pero es todavía más significativa si se piensa que es a partir de aquella ocasión cuando en Bruno –también Garavini y otros-- toma amplitud la búsqueda de la relación entre democracia y socialismo y lo que se definirá como la via parlamentaria al socialismo. Con todas sus implicaciones: papel y autonomía

del sindicato como sujeto político; negación no sólo del sindicato único sino también del partido único; búsqueda del nexo entre democracia directa y democracia parlamentaria y representativa... Hay que hacer notar que tanto Trentin como Garavini, a pesar de la distancia con el PCI, no rompieron con el partido. Ni se prestan a lo que a lo que Bruno definía, despectivamente, «la guerra de las bandas». Ni antes ni después. Por ejemplo, en torno al *Manifiesto* ambos se abstuvieron por cuestiones de método, siendo contrarios a la expulsión y a la imposibilidad de manifestar el desacuerdo, mientras que por cuestiones de fondo expresaron su desacuerdo con las posiciones del *Manifiesto*. Así pues, no se puede sostener que no hayan llevado en el partido una batalla política, aunque siempre de manera abierta y leal, teniendo como punto de común referencia, en aquel periodo, a Pietro Ingrao. Ingrao me contó su descubrimiento de la clase obrera y de Torino en aquellos años. Fue un cambio total para él que tenía in mente –así me lo dijo-- «el asalto al palacio de invierno».

### El sindicato de los consejos

Torino fue ciertamente la incubadora principal de los consejos de delegados. Obviamente pesó la herencia de Gramsci. Pero el proceso no fue fácil. Sobre todo, el Partido comunista turinés, a través de Adalberto Minucci, estuvo muy atento a la problemática obrera. En 1956 Minucci preparó en L'Unità turinesa una vivaz discusión sobre la organización del trabajo de la FIAT, sobre los delegados y la reducción del horario. El problema de los consejos, sin embargo, no era fácil porque a nivel nacional las resistencias y la hostilidad eran fuertes. Lo testimonia el seminario de la dirección del partido en 1970. Resistencias y hostilidades que llevaban a la parálisis y al inmovilismo o al maximalismo al querer traer a colación, a través de los consejos, una especie de nueva cogestión, como aquella fallida del periodo del 45 al 49, como parece que sugiere Agostino Novella. Esta posición tuvo, obviamente, influencia también en Torino. Por otra parte, estaba la contestación de izquierda

no menos insistente y errónea mientras se intentaba construir la representación de los delegados, entre los trabajadores, y los contenidos de la negociación. Los grupos extremistas, a partir del más consistente, *Lotta Continua*, rechazaban la novedad de los delegados (los delegados bidón); otros, como el PSIUP turinés y el *Manifesto*, los consideraban como los instrumentos, los motores de la construcción de un movimiento político de masas y como organismos de contrapoder al capitalismo y, por tanto, debían estar fuera de la influencia del sindicato.

La herencia ordinovista no sólo pesó en positivo, también lo hizo en negativo. Alguien imaginó que podía volver a darse un proceso revolucionario como el del bienio 1919 – 1920, que la guerra de posiciones –sin embargo, sugerida por Gramsci-- debía transformarse en guerra de movimientos. En aquella época yo era el responsable del partido en las fábricas. Rebuscando entre las cartas del Istituto Gramsci piemontés encontré dos escritos míos sobre los delegados. Uno (de marzo de 1970) es una especie de circular dirigida a todas las organizaciones del partido en las fábricas y del territorio que sigue e ilustra las decisiones de la conferencia de Génova de la FIOM, FIM y UILM. En ella se establece que los delegados eran los instrumentos de base del sindicato unitario. El segundo (otoño del mismo año), escrito a mano con un título presuntuoso, «Los delegados y la estrategia del PCI», no se me alcanza a saber por qué llegó al Istituto Gramsci. En este papel la orientación era más libre, aunque es un texto incompleto, y se establece gramscianamente una dialéctica más amplia y autónoma entre los delegados y el sindicato. Lo he recordado para explicar lo abiertas que eran entonces las reflexiones y la búsqueda sobre los consejos de delegados.

¿Hay algunas diferencias o acentos diversos entre Trentin y el grupo dirigente de la Camera del lavoro? Francamente, en aquellos entonces no me dí cuenta. He vuelto a leer las dos ponencias que, a caballo de 1970 y 1971, Trentin y

Garavini presentaron sobre la «historia de la FIAT» en la Unione culturale torinese, presidida por Franco Antonicelli y no he encontrado diferencia substancial alguna. Garavini, años después, en 1999, haciendo la recensión de *L'autunno caldo*, de Trentin, escribió en *La revista del Manifesto* que Trentin identificó de manera muy rígida los consejos de fábrica con el sindicato, e insinúa que fue excesivo el acento que puso en la lucha por el poder en la fábrica. Una mayor autonomía de los consejos –escribe Garavini-- les habría librado de la estrechez de las confederaciones sindicales evitando que la lucha por el poder «se agotara paso a paso sobre todo en el discurso de la moderación salarial». En eso ve Garavini la causa fundamental del «éxito parcial y transitorio de los consejos».

Seguramente Bruno Trentin fue tenaz, coherente y tal vez intransigente partidario del sindicato de los consejos. Forzando un poco la cosa decía que no hay un consejo de fábrica que haya nacido sin la iniciativa del sindicato. Sobre todo temía la deriva espontaneísta de los consejos como testimonia el acuerdo en la FIAT donde el «Consigliere» de la Mirafiori se troceó en tres comités (destajo, cualificaciones profesionales y medio ambiente) cada cual con poder de negociación. Temía que la deriva espontaneísta llevase a la ingobernabilidad de la fábrica y, finalmente, al corporativismo. Trentin era decididamente contrario a la cogestión, ya que la conflictividad, regulada de manera democrática, era portadora de libertad y desarrollo.

Los consejos de fábrica –dirá en Florencia en el seminario sobre los dos bienios rojos (20 – 22 de septiembre de 2004) no tenían como objetivo «la socialización de la empresa, sino el cambio de la relación entre gobernados y gobernantes». En aquella ocasión no niega el carácter libertario de 1968 y del otoño caliente. No obstante, sin rodeos pone en guardia del autogobierno no del trabajo sino de la empresa por parte de los obreros, de la «ilusión que un consejo pueda gestionar una fábrica de millares de trabajadores dependientes». Sin

embargo, decía: «No es una ilusión que se abra una negociación permanente con la dirección de la empresa sobre cómo debe gestionarse». Para poder funcionar, los consejos deben ser plurales en su interior y, sobre todo, deben formar parte de un sindicato renovado que responda no sólo a los afiliados sino a todos los trabajadores; de un sindicato que hace bandera de la autonomía programática y de la unidad; un sindicato que considera prioritaria la «reforma institucional de la sociedad civil» (3).

### A la búsqueda de las razones de la derrota de los años setenta

El golpe de gracia al sindicato de los consejos fue tras la derrota en la FIAT en 1980. Pero las señales de alarma sonaron antes. Trentin vuelve a menudo sobre las causas del progresivo desgaste de estos organismos y señala dos causas principales.

La primera es interna: no haber sido capaces de seguir y controlar las transformaciones del proceso productivo y no dar una respuesta positiva a la crisis del fordismo que las luchas obreras del otoño caliente había sacado a la luz. Según Bruno, en relación a esto, se desarrolló un igualitarismo abstracto que, con su nivelación, no sólo dio armas de división a la patronal sino que además negó la libertad *en el trabajo y del trabajo*, gestionado de manera abstracta y niveladora. Ya en el 62, en el seminario sobre el capitalismo, había situado como uno de los problemas de fondo la alianza con los técnicos. Con los años fue decayendo el control obrero y ello condujo a la burocratización de los delegados y del sindicato de los consejos sofocando la democracia consejista. Este análisis es substancialmente común en Trentin y el grupo dirigente turinés de la Camera del lavoro. El libro *Gli anni della FIAT*, de Emilio Pugno y Sergio Garavini (1974) fue escrito también para relanzar los consejos, de los que ya se veían los primeros gérmenes de cansancio y crisis.

Obviamente pesó mucho el estancamiento de la unidad sindical. En la raíz de las ideas compartidas no estaba tanto la experiencia común, sino algo más profundo, posiblemente difícil de captar: la pasión de todos ellos, si podemos decirlo así, por el trabajo asalariado, por el oficio, por el ejercicio de las capacidades profesionales y técnicas. No puedo olvidar el modo, orgulloso y fantástico, de Emilio Pugno cuando hablaba de su trabajo en Aeritalia, bajo una campana de vidrio o, más tarde, cuando describía la importancia de los procesos productivos de los microprocesadores. Entre Trentin y Pugno los consejos de delegados —dirá en Florencia en el seminario sobre los dos bienios rojos— podían emerger diferentes valoraciones sobre la lucha salarial (en junio del 69, el momento culminante de la derrota de la línea salarialista y antidelegados de Lotta Continua las incertidumbres afectaban más al partido que al sindicato), pero nunca oí a ninguno de los dos hablar del obrero-masa o aceptar que todos fueran de la segunda categoría.

La segunda razón de la derrota concierne a la llamada «salida política de las luchas» que se había convertido en sofocante, pues en todas las reuniones se planteaba por los dirigentes sindicales. Recuerdo una reunión, pedida por los dirigentes de la Camera del lavoro al partido. Fue en el sótano de un hotel donde se hospedaba el secretario general. Si recuerdo bien la reunión fue en 1972, antes del compromiso histórico. Berlinguer escuchó atentamente las peticiones y las intervenciones (como mucho éramos unos diez). Preguntó a Pugno y a los demás que si creían posible una alternativa de izquierda lo que había que plantearse en la situación actual era luchar por introducir elementos de socialismo, pero sólo en una perspectiva de alternativa democrática.

Trentin, en *La città del lavoro*, escribe que la izquierda tuvo una «reacción de baja intensidad», y en las discusiones sobre la perspectiva y la salida política entre los vértices siempre manifestó desconfianza y quizás una

infravaloración. En la entrevista audiovisual de 1998, de donde salió el film de Franco Giraldi, dice que la falta de perspectiva política fue decisiva para determinar el desgaste y la derrota. Substancialmente estoy de acuerdo. Fue evidente el desfase –o, mejor dicho, la desconexión-- entre las luchas obreras y las fuerzas democráticas, a pesar de la excepcional duración de ello mucho más alargado que el mayo francés y el de los otros países occidentales. Recuerdo la propuesta de Berlinguer del compromiso histórico (octubre de 1973), tras la represión chilena contra el gobierno de izquierda de Allende. Era una propuesta que Bruno consideraba, así formulada, como verticista. Por lo demás siempre fue muy neta la aversión crítica de Bruno hacia una concepción verticista del poder, de matriz leninista.

Siempre estuve convencido que su horizonte era aquel esbozo de Constitución que su padre, Silvio, pocas semanas antes de morir (marzo de 1944) le dictó en una clínica de Treviso. Bruno tenía entonces diecisiete años. Era una Constitución muy avanzada que tenía como objetivo la construcción de una república de clara marca federalista, que mira a Europa; que se funda y articula en los consejos de empresa y territoriales. Es lo que prefigura un verdadero Estado de los consejos, intentando conjugar liberalismo y comunismo. De hecho se abre con la afirmación de grandes principios de la libertad de la persona, la autonomía y el federalismo institucional; de la propiedad colectiva y la justicia social. Así habla el texto original, autógrafo, depositado en el Centro Gobetti de Torino. Este proyecto insrtitucional y socio-político ha sido para Bruno su permanente utopía, el modelo imaginario de sociedad en la que pensaba. Está presente en todos los momentos importantes de su vida sindical y política: en las ponencias de los seminarios del Istituto Gramsci (1962), «Scienza e organizzazione del lavoro» (1973, en Torino), *Da sfruttati a produttori* (1977), en *La ciudad del trabajo* [<http://metiendobulla.blogspot.com>, n.del t.] (1977) y en sus últimos escritos. Ello no quiere decir que Trentin no



investigase lo que entonces se llamaban los objetivos intermedios. En los años setenta se discutía en el interior del PCI y de la izquierda sobre el proyecto a medio plazo de renovación de la sociedad y del Estado hacia el socialismo. La investigación tenía una meta concreta: la conquista de reformas estructurales en estrecha relación con las instituciones representativas y la creación de nuevas formas de democracia obrera y de base.

La política de austeridad –propuesta en 1977-- fue parte integrante de dicho proyecto, tal como se dice en el discurso de Berlinguer a los intelectuales y en el «proyecto a medio plazo» en el que yo colaboré. En ello Bruno mostró interés e incluso manifestó su acuerdo porque veía un intento de proponer una política basada en el nexo entre saneamiento y elementos de socialismo, que iba más allá de la entrada en el «puente de mando». Pero estimaba que había una insuficiente valoración del papel de los sindicatos de trabajadores y, en general, de la sociedad civil. Vittorio Angiolini, en el seminario «*Trentin e il futuro del sindacato dei diritti*» sostuvo que Bruno tiene una visión herética de la democracia porque antepone la conquista de la libertad, es decir, la posibilidad de autotruela y autoafirmación. En otros términos, liquida la idea de que «la afirmación de la democracia, del sufragio universal y la posibilidad del pueblo de decidir por mayoría sea lo primero y el único camino y no sólo la precondition de la garantía de cualquier libertad o derecho» (4). Es, por ello, una democracia que viene de abajo, de la sociedad civil reformada, cuya soberanía popular es fruto y síntesis de las libertades y derechos individuales y colectivos. Por el mismo motivo, según Bruno, los derechos sociales no deben venir después de los derechos sociales, porque tienen el mismo alcance con el fin de garantizar una igualdad de oportunidades a todos los ciudadanos. También la libertad *en el* trabajo y *del* trabajo es un derecho de ciudadanía porque, a través de ello, la persona se realiza y afirma. Algunos han visto, en este modo de pensar, una concesión excesiva las teorías liberales. Sin

embargo, Bruno siempre estuvo muy atento a distinguir entre individuo y persona. Seguía así las enseñanzas de su padre y de las corrientes cristianas más modernas.

En el centro de su reflexión no está el individuo sino la persona que trabaja, que busca su propia identidad en el trabajo, que tiene un proyecto de vida y es fuente de relaciones humanas y sociales. La persona es el individuo que deviene valor. En cierto sentido el trabajo socializa la libertad y es la primera condición para la libertad equa. El sindicato de los derechos fue propuesto por Trentin a finales de los años ochenta tras ser elegido secretario general de la CGIL. Parte de esta reflexión porque debe conquistar los espacios –los derechos-- para que todos los trabajadores ejerzan su propia libertad. Para Trentin el sindicato de los derechos es una, como se decía entonces, una renovación en la continuidad ya que continúa tanto las enseñanzas de Di Vittorio cuando había pocas fábricas y muchos jornaleros y parados como la experiencia del sindicato de los consejos.

### El sindicato de los consejos y la Federación de Trabajadores Metalúrgicos

Trentin fue secretario general de los metalúrgicos desde 1962 a 1977. En este periodo, uno de los más importantes de su vida sindical, experimenta de manera completa su visión de la unidad sindical. Bruno es el teórico del sindicato de los consejos. Es un sindicato muy enraizado en la organización del trabajo a través de los delegados --de grupo homogéneo, de equipo y departamento-- y los consejos de fábrica. Un sindicato abierto a todos, no sólo a los afiliados. Los delegados de fábrica expresan una nueva cultura de la negociación y de la tutela de los derechos de los trabajadores que no se limita a la cuestión salarial, ya que se extiende a las condiciones generales y concretas del trabajo (los ritmos, los tiempos, el horario, el ambiente, la salud...) con el objetivo de humanizar rápidamente el modo

de trabajador, el conjunto de la producción y las relaciones de producción poniendo en discusión el monopolio de las decisiones empresariales y manageriales. Es una experiencia muy distinta de la ordinovista de los consejos de 1919 – 1920 y también de la de los consejos de gestión tras la Liberación. Lo que está en el centro es la organización del trabajo; los delegados y los consejos son, a todos los efectos, instrumentos e instancias del sindicato unitario y de la federación de los trabajadores metalúrgicos. La FLM fue la punta de lanza del proceso de unidad sindical. Sin embargo, el sindicato de los consejos no tuvo una vida fácil porque encontró en la misma CGIL y en otras organizaciones sindicales –y especialmente en los partidos, sobre todo en el PCI— contrariedades, resistencias y actitudes de ninguneo. Lo recuerdo perfectamente porque entonces yo estaba al frente de la federación comunista de Turín; la FIAT era entonces uno de los laboratorios más vivaces y avanzados de la experiencia consejista.

¿Cómo fracasó el proceso de unidad sindical que se desarrolló bajo el impulso del otoño caliente? No duró poco, casi trece años, pero no consiguió consolidarse y formar la unidad la tan deseada unidad orgánica. ¿Por qué? Hasta ahora no hay una reflexión profunda y definitiva. Hay explicaciones interesantes, pero parciales; sobre todo, no hay una reflexión compartida por parte de las organizaciones sindicales y sus dirigentes. Trentin ha escrito mucho defendiendo la experiencia consejista y de la FLM. Se centra en dos puntos: 1) la diversa concepción del sindicato presente en el grupo dirigente de las tres organizaciones, en particular, la diferencia sobre la democracia de representación sin la cual es difícil solucionar unitariamente las diferencias de fondo en las políticas sindicales; y 2), tal vez en mayor medida, la influencia negativa de los partidos, en primer lugar de los que se inspiran en la clase obrera. Con ellos la polémica de Trentin es a cara de perro, aunque siempre es interna y leal, en tanto que es miembro y dirigente del Partido comunista.

### Trentin rechaza la crítica de ser un pansindicalista

Trentin nunca cedió, ni siquiera un milímetro: cuando acusaban de pansindicalismo al sindicato de los consejos y, en particular, a él mismo. No niega que el pansindicalismo (aunque él prefiera definirlo como «autarquía sindical») sea una concepción errónea, en tanto que vicio elitista, mitificador de la autonomía social y especialmente de la huelga general, desconfianza y hostilidad en las relaciones no sólo con la política sino de toda forma de gobierno) pero al mismo tiempo reivindica el sindicato como «sujeto político» a todos los efectos y considera imprescindible «la superación progresiva» de toda visión arcaica de las esferas de competencia entre los partidos y los sindicatos» en el contexto de una concepción pluralista de la política (1) . El riesgo de las mutuas zancadillas en el mismo terreno, entre el partido y el sindicato, es evidente. Pero puede evitarse, según Bruno, si el sindicato mantiene firme su propia representación del mundo del trabajo y si no substituye la «democracia de la representación» por la «legitimación de las contrapartes o del Estado». Y añade para no dar pábulo a los equívocos: «El vacío que dejan los partidos en la mediación de los conflictos de la sociedad civil mediante un proyecto reformador nunca podrá superarse por la mediación política del sindicato, que siempre tiene irremediablemente sus límites.

Las capacidades de mediación del sindicato pueden contribuir a la solución de los conflictos, a su maduración, y a la inmersión en las cuestiones políticas que están en el centro de dichos conflictos pueden hacerlos avanzar en el tiempo. Pero ellos solos, los conflictos, no podrán ser resueltos ni llevarlos a tener un proyecto. «La autarquía sindical o la llamada autonomía de lo social siempre han sido no sólo caprichos, sino la versión del radicalismo de una concepción del conflicto social subalterno a la razón de Estado y en muchos casos se ha tratado con una de las muchas formas de interclasismo (2).

## El sindicato de los derechos y la solidaridad

Esta última reflexión sobre la necesidad de que la izquierda tenga un proyecto reformador adecuado nos lleva a la concepción del sindicato de los derechos, de la solidaridad y de programa cuando Trentin en 1988 es elegido secretario general de la CGIL. La *leadership* de estos años se constata en las dos conferencias programática de Chianciano: la primera en abril de 1989, la segunda en junio de 1994 con el anuncio de su retirada de secretario general. El objetivo de estos encuentros es muy claro: la unidad del sindicato se realiza no en base a la ideología, sino sobre el programa y los valores que lo sostienen. También está claro el punto de partida: la izquierda y el sindicato tienen «un viejo análisis de la situación social y política italiana y europea» ante las grandes transformaciones del mundo, particularmente de los mercados y las empresas. Estamos ante «una crisis histórica» que los estadounidenses llaman «civilización managerial», que tuvo su fundamento en el sistema taylorista-fordista. Esta crisis es irreversible que, además de larga y caótica, determina fuertes turbulencias en las relaciones de trabajo, en las relaciones sociales, al tiempo que provoca nuevas y extraordinarias oportunidades a las iniciativas de proyecto y una efectiva democracia en los centros de trabajo».

Por lo tanto, es necesario «repensar» no sólo la noción de desarrollo, sino la misma noción de solidaridad, señalando los nuevos vínculos de la política sindical: en primer lugar, la relación entre desarrollo y naturaleza para evitar la «destrucción del equilibrio ecológico del mundo; de la salud y el progreso biológico de poblaciones enteras. En segundo lugar, la dimensión internacional de los problemas actuales. En tercer lugar, la liberación y emancipación de las mujeres que revoluciona las anteriores relaciones y culturas. Y, finalmente, cuarto: «la necesidad de salvaguardar las exigencias vitales de la persona», garantizándole no solamente la supervivencia sino el «derecho al futuro, a su

propia autorrealización a través del trabajo como persona inconfundible con una masa indistinta de individuos». En el informe de Chianciano de 1989 se dice: «No puede haber separación entre democracia económica y humanización del trabajo, de la misma manera que, en nuestro programa, no hay una separación ente empleo y calidad del trabajo». El sindicato se debe hacer cargo de las compatibilidades y problemas irresueltos como, por ejemplo, la política de rentas y la deuda pública con propuestas concretas; al mismo tiempo debe afrontar los nuevos asuntos de la democratización de la economía y de las empresas, del *nuevowelfare*. Pero el eje principal es el de los derechos universales, pues aquí se desarrolla libertad de la persona. Así pues, en el centro de la acción del sindicato deben estar los derechos, no sólo los sociales, también los derechos civiles y la solidaridad. Esta es la nueva frontera para repensar la CGIL y los parámetros para relanzar la nueva unidad sindical. Con ese objetivo propuso «una asamblea constituyente para definir las reglas de un gran sindicato unitario y pluralista».

### La crisis histórica del fordismo y el conocimiento como base de la calidad del trabajo

Trentín afrontó a menudo en los últimos años la cuestión de la crisis del fordismo. Bruno estaba convencido de que nos encontramos frente a la tercera revolución industrial tras la del siglo XIX y la fordista. Es una revolución que tiene como base «la informática y las telecomunicaciones en un contexto de globalización de los mercados y los capitales». No le gustaba utilizar términos que fueran poco claros como, por ejemplo, sociedades terciarias, postfordismo, postindustrial. Se trata de una revolución en la que predomina la inversión inmediata, por razones financieras y especulativas, con relación a las de larga duración, que modifican completamente las relaciones entre accionistas y *management*, y en la que aumenta la diferencia entre la precariedad y la descualificación y la necesidad de una formación continua y permanente del trabajador y el

crecimiento de la calidad del trabajo frente a los procesos tecnológicos cada vez más rápidos.

¿Exagera Trentin en su crítica del fordismo. No lo creo. Es, ante todo, esta enraizada convicción: si no existe una robusta voluntad subjetiva que rediseñe la identidad cultural de la izquierda sindical y política –hoy «impregnada en la cultura fordista, desarrollista y taylorista-- estará inevitablemente condenada a sufrir una segunda revolución pasiva más vasta y de mayor duración que la analizada lúcidamente por Gramsci a finales de los años veinte del siglo pasado». De manera que la crisis debe afrontarse de cara y, tal vez, con una miasma de utopía; hay que afrontarla con propuestas concretas, partiendo de las grandes contradicciones que atraviesan el trabajo y las relaciones sociales como, por ejemplo, la precariedad, la flexibilidad, la movilidad, la negociación colectiva (ha finalizado el tiempo del contrato de trabajo por tiempo indeterminado), el conocimiento y el control en los centros de trabajo...

Con ocasión del doctorado Honoris causa que la Universidad de Venecia confirió a Trentin, en 2002, en la Lectio doctoralis dice: «Los grandes cambios en curso que acompañan el agotamiento de la crisis fordista señalan el final del concepto mismo de trabajo abstracto, sin calidad – la idea de Marx y el parámetro del fordismo-- para hacer del trabajo concreto, pensado y el de la persona que trabaja, el punto de referencia de una nueva división del trabajo y de una nueva organización de la empresa» [ver <http://baticola.blogspot.com.es/2006/07/trentin-doctor-honoris-causa-en-la.html>, n. del t.] Por eso, aunque no prestándose a los cantos de sirena de la ideología de la flexibilidad, es necesario «gobernarla y la movilidad de los trabajadores asumiendo sus favorables potencialidades positivas en la dirección de la recomposición progresiva de una profesionalidad completa y de una cultura de los trabajos». Trentin afirmó en la conferencia programática de Chianciano: «La perspectiva que el sindicato del siglo XXI

ofrece a las nuevas generaciones no puede ser la de un trabajo cualquiera, sino un trabajo que ponga en el centro la autonomía y autorrealización de la persona». No hay ninguna devoción por el pasado en su modo de razonar. Trentin sabe perfectamente que siempre es más arduo buscar y encontrar la subjetividad del trabajador de nuestros días en la época del capitalismo total y personal: una época en la que el capital entra en la vida del trabajador y lo incorpora en su totalidad en el trabajo siempre acumulado, en el consumo, como capital circulante, financiero o productivo. No obstante, ¿dónde hay que buscar esta nueva subjetividad si no es en la calidad del trabajo, en la relación entre trabajo y conocimiento?

En el largo coloquio con Carla Ravaioli, que defiende la exigencia de poner límites y parar el crecimiento cuantitativo (3), Trentin responde con firmeza que es una batalla errónea por varias razones: porque sería una lucha de minorías, de mero testimonialismo, «un camino sin salida en un mundo donde existen diferencias monstruosas y enormes deseos insatisfechos» y, por otra parte, tiene «riesgo de autoritarismo», porque «nadie puede decretar en el lugar de otros qué es lo necesario y qué lo supérfluo». Por ello, «contraponer el decrecimiento –dice Trentin-- al crecer más es una posición fundamentalista, igual y contraria, a la de quien plantea el progreso de la humanidad mediante el crecimiento ininterrumpido». Lo que debe hacerse es «cambiar la calidad del crecimiento, distinguir entre varios tipos de crecimiento. El objetivo prioritario –precisa— es la modificación de la calidad del desarrollo. Y ello se podrá conseguir a través de la modificación de la calidad del trabajo humano, reabriendo la posibilidad de una nueva relación que no esté dictada por el beneficio inmediato entre el hombre y la naturaleza». Como puede verse, Bruno vuelve siempre al punto de partida de su pensamiento: el trabajo y más precisamente a la libertad *del* trabajo y *en el* trabajo. Su *civitas*, su *polis*, su utopía, su ciudad del sol es la ciudad del trabajo, que es el título de su libro, tal vez, el más



maduro. Creo que Bruno era plenamente consciente de que había un pellizco de utopía en esta concepción del trabajo y del desarrollo. Cuando fue entrevistado por Bruno Ugolini respondió con claridad y lucidez: «Creo que he llegado en los últimos años a la convicción de que la utopía de la transformación de la vida cotidiana debe convertirse en el modo de hacer política». Había comprendido que la utopía – particularmente la utopía cotidiana-- exige coraje. Pero sin un pellizco de utopía la vida y la política misma no se encuentran con la ética y tienen muy poco sentido.

#### Notas

(1) Bruno Trentin (con Guido Liguori), *Autunno caldo. Il secondo biennio rosso*, Editori Riuniti, Roma 1999, p. 39.

(2) *Ivi*, p. 119

(3) Bruno Trentin (con Carla Ravaioli, *Processo alla crescita. Ambiente, occupazione, giustizia sociale nel mondo neoliberista*, Editori Riuniti, Roma 2000.

#### Los hilos de la continuidad

El sindicato general de los derechos y de programa representa, ciertamente, un desarrollo de la concepción sindical y política de Trentin. Sin embargo, son claros los hilos de continuidad con la experiencia y elaboración precedentes, maduradas junto a Di Vittorio, su gran maestro como siempre reconocerá (la última reflexión en su diario personal está dedicada a Di Vittorio y su magisterio); después –entre 1962 y 1977, como secretario de los metalúrgicos en la FIOM y en la FLM, es el artífice, además de su principal teórico, del sindicato de los consejos. A este respecto traigo a colación dos episodios tal vez poco conocidos.

El primero se refiere a los años cincuenta tras la derrota de la FIOM en la FIAT(1955) en las elecciones a las comisiones internas después del «inolvidable 1956». En el epistolario de Bruno encontré una carta que dirigió a Palmiro Togliatti el 2 de febrero de 1957. En ella Trentin responde a Togliatti sobre un una intervención en el Comité Central del PCI. El secretario general comunista afirmó que «no correspondía a los trabajadores tomar iniciativas para promover y dirigir el progreso técnico» y que «la función de propulsión en torno al progreso técnico se ejerce únicamente a través de la lucha por el aumento de los salarios». Trentin no está de acuerdo y le escribe a Togliatti: «Francamente, nosotros pensamos que la lucha por el control y una justa orientación de las inversiones en la empresa presupone en muchos casos una capacidad de iniciativa por parte de la clase obrera sobre los problemas relacionados con el progreso técnico y la organización del trabajo, intentando quitar al patrón la posibilidad de decidir unilateralmente sobre la entidad, las orientaciones, los tiempos de realización de las transformaciones tecnológicas y organizativas. Una iniciativa similar aparece, al menos a nosotros, como la condición en muchos casos para poder dar a la negociación de todos los elementos de la relación de trabajo (e incluso de los tiempos de producción, de las plantillas y de las formas de retribución) un contenido efectivo dada nuestra imposibilidad de contraponer a la orientación de las inversiones de la empresa nuestra propia alternativa poniendo límites substanciales a las inversiones de la empresa y al desarrollo de la negociación colectiva en la empresa». En esta carta –estamos a principios de 1957— hay ya mucho del pensamiento de Trentin que seguirá experimentando en los años sucesivos, sobre todo en el otoño caliente al que permanecerá siempre fiel en los años del sindicato de los derechos. Ahí está también su, en cierta medida, infravaloración de la lucha por el salario con relación a los problemas de los derechos y la libertad *del* trabajo y *en el* trabajo. Progresivamente dará espesor teórico a esta concepción del sindicato, particularmente con las dos

ponencias en los seminarios del Istituto Gramsci sobre las tendencias del capitalismo italiano y europeo de 1962 y 1964.

El segundo episodio se refiere a la unidad sindical. Creo que nadie puede reprochar a Trentin haber sido anti unitario y, menos aún, sectario. La unidad era para Trentin –como para todos los dirigentes formados por Di Vittorio-- no solamente un medio, sino un valor en sí. Pero, ¿qué unidad? ¿Y especialmente como dirigirse hacia ella? Hubo un momento que, ante la lentitud y las incongruencias, las resistencias y las fracturas del proceso unitario confederal, el grupo dirigente de la FLM discutió a fondo hacer la unidad «a trozos». Trentin se opuso. ¿Por qué? A mí me parece que su explicación fue bastante lineal: Trentin temía que el papel de vanguardia que habían desarrollado los metalúrgicos se desdibujara o, incluso, «corporativizase» en el caso de que se produjera una ruptura con las confederaciones o se obscureciese la visión de sindicato general en la que ahora creía teniendo como base el sindicato de los derechos. Hay que recordar que, para Trentin, los consejos de delegados no son instrumentos políticos o parapolíticos, de contrapoder al sistema como proponía *Il Manifesto*, sino órganos a todos los efectos del sindicato, de un sindicato renovado y unitario que responde no sólo a los afiliados sino a todos los trabajadores, que promueve y organiza la democracia obrera sin perder el sentido general y solidario de la lucha y el papel de las instituciones democráticas. Para Trentin el sindicato –en tanto que sujeto político-- es siempre un reformador de la sociedad civil y su principal protagonista.

### Una visión innovadora de la democracia y los derechos

Bruno Trentin tiene una visión de la democracia no exactamente herética, pero sí totalmente innovadora. Y ello por dos motivos sustanciales. Porque considera la

democracia como condición indispensable y factor del desarrollo, incluso económico; y, en segundo lugar, porque entiende que la soberanía popular en sus presupuestos fundamentales –esto es, el sufragio universal, el principio de mayoría, la separación de poderes y la autonomía de las diversas instituciones-- es el resultado de las libertades y los derechos. O, mejor dicho, de la posibilidad de autodeterminación y auto tutela individual y colectiva. Así pues, es una concepción de la democracia que viene de abajo, de una sociedad civil organizada y reformada, en la que el movimiento sindical puede y debe desarrollar un papel de primer orden. En el centro de todo ello está la libertad, ya que el trabajo es un instrumento (quizá el principal) «de autorrealización de la persona humana, un factor de identidad y globalmente de cambio».

*La libertad viene prima* es el título de su último libro y es una selección de sus escritos de 2004. *La libertad es lo primero* significa que no puede ser reenviada a “después”. No puede ser que lo primero sea la conquista del poder político y después la libertad; ni tampoco que lo primero sea el conflicto distributivo de las rentas y después la libertad. Incluso con respecto a los planteamientos igualitarios, lo primero es la libertad. Ser libres significa contar con espacios de autonomía y autorregulación, que no son regalos sino conquistas. De donde se infiere que la libertad contiene intrínsecamente la conflictividad. Esta es la originalidad de su visión que, en cierto modo, refleja su raíz *azzionista*.

Bruno siempre tuvo una clara aversión crítica a la concepción verticista del poder de matriz leninista. Cada vez estoy más convencido de que su horizonte fue el del esbozo de Constitución que su padre, Silvio, le dictó en la clínica Monastier pocas semanas antes de morir, cuando Bruno contaba con diecisiete años. Era una Constitución muy avanzada que tiene como objetivo la construcción de una república de clara marca federalista. Que mira a Europa y se

funda y articula en los consejos de empresa y de territorio en las diversas Regiones. Lo que Silvio Trentin prefigura es un Estado que intenta compatibilizar liberalismo y comunismo a partir de los grandes principios de la libertad de la persona y la propiedad colectiva, de la autonomía de las diversas instituciones democráticas y la justicia social. Este texto que descubrimos no hace mucho tiempo, con la escritura y los galicismos de la mano de Bruno, es su utopía, el modelo imaginario al que siempre fue fiel.

### La nueva frontera de los derechos culturales

Bruno no tiene una visión abstracta o vaga ni mucho menos retórica de los derechos. Hoy estamos asistiendo, sin embargo, a una inflación reivindicativa, incluso sindical, de los derechos difusos con el riesgo evidente de frustrar y empañar los verdaderos derechos que deberían estar relacionados con la autotutela colectiva. Se reserva –es verdad-- el derecho a la utopía tras la muerte histórica del comunismo. Pero de un modo medio en serio medio en broma. «El derecho a la utopía no se condena al infierno», dice en el informe al XII Congreso de la CGIL. Bruno sabía perfectamente que «los derechos son históricamente relativos», pero igual que Norberto Bobbio creía que el actual es *El tiempo de los derechos* (es el título del libro de Norberto Bobbio, publicado por Einaudi en el mismo periodo, a finales de 1990) del que la izquierda social y política se hizo portador. El artículo primero de la Declaración universal de los derechos del hombre de 1948 se afirma: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Atención: «libres e iguales en dignidad y derechos», no iguales como realidad de hecho, natural o empírica y objetiva, lo que no sería verdad. «La declaración –escribe justamente Jeanne Hersch, que ha dedicado buena parte de su vida al estudio de los derechos humanos-- llama a una tarea social, política e histórica: «mejorar las, en el curso de la historia, las ocasiones de la libertad responsable» (1).

En el programa fundamental del XII Congreso de la CGIL, los derechos que se proclaman no son obviamente los civiles y políticos, sino los sociales: tanto los derechos individuales (en el trabajo, la formación, la salud, un salario justo, en la maternidad y paternidad, en el conocimiento y la información en los centros de trabajo) como los colectivos (a organizarse sindicalmente de manera voluntaria, la negociación colectiva, la participación en las decisiones de la empresa). Para Trentin los derechos económico-sociales, empezando por el derecho al trabajo y a la libertad *del y en el* trabajo tienen el mismo alcance que los derechos civiles y políticos con el fin de garantizar la igualdad de oportunidades a todos los ciudadanos. Son las precondiciones, habría dicho Piero Calamandrei, mediante los cuales cada uno de nosotros afirma y ejerce su propia libertad.

Bruno Trentin, en los últimos años, busca traspasar la tercera frontera de los derechos: la de los culturales. El derecho al conocimiento y a la formación permanente a lo largo de toda la vida es su objetivo. Bruno estaba convencido de que nos encontramos en la tercera revolución industrial tras la del siglo XIX y la fordista del pasado siglo. No le gustaba utilizar palabras poco claras como sociedad terciaria, posfordismo, postindustrial. Es una revolución que tiene muchos aspectos: su expansión y la rapidez del progreso técnico, la informática y el mundo de las telecomunicaciones, la primacía de la inversión inmediata, a menudo especulativa con relación al de larga duración, el cambio de poder entre los accionistas y el management, la afirmación del «capitalismo total y personal» que no ahorra ni siquiera la vida del trabajador en el trabajo y en el consumo por usar una expresión de Marco Revelli.

¿Cómo y dónde buscar una nueva subjetividad social y política que pueda construir una alternativa y conjurar «la segunda revolución pasiva», como la define siguiendo los ecos del pensamiento de Gramsci? En el centro de su

investigación continúa presente el nexo entre libertad y trabajo. Pero entre los dos adquiere particular importancia un tercer concepto: el saber. Las perspectivas que el sindicato del siglo XXI ofrece a las nuevas generaciones no puede ser el de un trabajo cualquiera –dijo en Chianciano- - sino el de transformar la calidad del trabajo y construir una nueva relación entre trabajo y conocimiento. El conocimiento es fundamental no sólo para tener más libertad y auto determinación sino para conjugar libertad y responsabilidad. Y, por consiguiente, para formar nuevas clases dirigentes a todos los niveles. El punto más alto de esta elaboración está en la *lectio doctoralis* cuando la Universidad de Venecia en 2002 le confirió la dignidad de Doctor Honoris causa [<http://baticola.blogspot.com.es/2006/07/trentin-doctor-honoris-causa-en-la.html>, nota del traductor].

Polemizando con quienes predicán el fin del trabajo, Trentin dice que no estamos ante el final del trabajo sino ante una mutación de la calidad del trabajo, de su papel y de sus relaciones. «Los grandes cambios en curso –escribe Trentin– que acompañan el agotamiento de la era fordista señalan la caída del concepto de trabajo abstracto, sin cualidad –la idea de Marx y el parámetro del fordismo– para hacer del trabajo concreto y pensado y de la persona que trabaja el punto de referencia de una nueva división del trabajo y de una nueva organización de la empresa». La introducción de las nuevas tecnologías, la rapidez y frecuencia de los procesos de innovación y reestructuración «tienden a convertirse no ya en una patología sino en una fisiología de las empresas» y cambian el trabajo haciéndolo más flexible en varios aspectos. Pero, dice, ojo con convertir la flexibilidad del trabajo en una ideología. Eso sería no comprender que debe ir acompañada de una recualificación permanente del trabajador, de un nuevo contrato social que, ante todo, garantice una formación permanente durante todo el ciclo de la vida, además de la seguridad en el salario presente y futuro. De aquí la importancia del saber y, en especial, de la relación entre trabajo y conocimiento para

evitar tanto la emergencia de nuevas desigualdades y nuevas